

persona humana, al matrimonio y a la familia, a la cultura, a la vida económica y social y a la comunidad internacional y a la paz. Especial estudio se dedica a los problemas matrimoniales, como el control de natalidad. Existen muchos matrimonios cristianos con una gran voluntad de cumplir el precepto bíblico: creced y multiplicaos, pero que se encuentran en circunstancias angustiosas y difíciles. Ellos esperan una palabra de orientación.

Es verdad que cada uno ve las cosas según el color de su cristal. L'Unité, órgano del partido comunista en Roma, hacía un comentario a este esquema, reduciéndolo a dos puntos. Subrayaba que la Iglesia defendía la libertad de sindicación de los obreros para defender sus intereses, y que, apoyándose en Santo Tomás, denunciaba la propiedad privada que no fuera necesaria para sostener la vida del individuo y de la familia.

Un debate interesante

Ningún esquema ha despertado tanta expectación. Esto indica que la Iglesia no está anquilosada, ni senil, sino que todavía posee la juventud de su fundador. El debate ha revestido una importancia extraordinaria.

De los cardenales que tomaron parte, únicamente uno se mostró totalmente opuesto: el cardenal Rufini. Abogó por que se rehaga totalmente conforme a las encíclicas de León XIII y Paulo VI, ya que sus directivas sobre la regulación de la natalidad revelan una ética de situación; además contiene cosas inexactas.

De ordinario, han coincidido los Padres en que le falta aliento teológico. Para remediar esto el cardenal Meyer nos ha pintado un gran fresco de la comunidad redimida y la misión cósmica de Cristo. Gracia y naturaleza, orden natural y sobrenatural, bondad del mundo y pecado del mundo, constituye otro de los aspectos discutidos. Mons. Morcillo advirtió que para los cristianos la Iglesia debe hablar como Madre y Maestra con la autoridad del Evangelio. Para los no cristianos debe invocar el derecho natural y los argumentos de razón. El P. Reetz, superior de los benedictinos de Beiron, hizo ver el excesivo optimismo cósmico del esquema, con la influencia del P. Teilhard. La Iglesia no puede proponer a los hombres una doctrina sobre los fenómenos humanos que no la saque del Evangelio.

Varios Padres insistieron en que apareciera claro el concepto de doctrina y concepto de vida de la Iglesia. Hay que salvar la vida, de-

cía Mons. Elchinger, obispo coadjutor de Estrasburgo, que está amenazada. El esquema debe hacer luz sobre los valores humanos de la vida, actualmente tan degradados.

No nos debe extrañar que encontremos en este debate dos posiciones que ya había advertido Juan XXIII. Una de confianza y optimismo ante la situación actual del mundo, que era la suya, la del Papa bueno y cordial; otra de temor, que más de una vez censuró en sus escritos; unos miran, sobre todo, lo bueno; otros advierten lo malo; unos ven el mal en el hambre y en la injusticia social; otros, en la vida de sentidos y en las proporciones del ateísmo contemporáneo.

Estamos en la hora del análisis y la crítica y todavía no es tiempo de hacer la síntesis feliz y definitiva. Esto se realizará en la cuarta sesión. Pero este estudio y crítica constructiva contribuirá a una mejor orientación de la Iglesia en el mundo de hoy.

Podemos decir que con el tema de este esquema entramos en el corazón del Concilio. El programa que Juan XXIII había señalado al Concilio, como contribución a la paz y a la fraternidad entre los hombres y los pueblos, puede llegar a ser una realidad gracias a lo que la Iglesia diga en este documento.

Jugar o no jugar

Alberto Ancízar Mendoza, S. J.

OJOS duros de adulto mal rasurado, apoyada su espalda de remiendos al muro de un bar de esquina, perfil que asusta a quien se lo cruza en el camino porque, aunque las apariencias engañan, de apariencias nos valemos para evitar asaltos e inconveniencias.

Ese hombre, al que algunos le colgarían la etiqueta de "laca social", ¿jugó cuando era niño?

Porque todo adulto fue niño, pero no todos gozaron una infancia de juegos.

Hoy menos que nunca.

Parece que hubiésemos tomado en serio aquel ve-nezolanismo que reclama "¡No juegue!" al uso de aquí, en voz de protesta ante lo inesperado.

Recorre, lector, las aceras de nuestras avenidas: los mocetoncitos limpian zapatos, pero no juegan. Acércate los domingos a las carteleras de los espectáculos públicos: los niños se quedan afuera, cuidan carros, pero no juegan. Penetra en la quinta de un jardín privilegiado, salpicado de toques de lujo: no se oyen los pequeños de la casa, callados miran la pantalla del televisor, no juegan.

Y cuando se regalan juguetes: pronto el juguete, allí se queda. Su fascinación de un momento, es inexplicable pero se evaporó. Ya con él no se juega.

Ni el niño pobre ni el niño rico juegan ya.

Lo malo es que cuando no se juega, entonces se toma la vida demasiado en serio.

¿Leyendas de Blancanieve y los siete enanos? pa-

ra qué? Muñecas para ellas y osos para ellos... ya no les interesan. Ni trompetas de piñatas, ni papagayos que se encaraman en el aire sobre las olas de la brisa a cada tirón.

Ni juegos, ni juguetes, ni juguetones. Y entonces los niños lo toman todo demasiado en serio. No aprenden a jugar.

Crece sin haber aprendido que hay cosas que son juegos, y que mucho de la vida debe ser tomado como un juego. Porque en la vida hay mucho que no pasa de ser un juego y no merece mayor dedicación ni mayores inquietudes.

"El juego es más antiguo que la cultura —escribe Johan Huizinga— pues ésta presupone que existe la sociedad humana, mientras que los animales no esperaron a que el hombre les enseñe a jugar. Basta con mirar dos perros: uno al otro se invitan a jugar con cierta ceremoniosidad de gestos. Guardarán la regla del juego: no se muerde o al menos no se muerde duro. Simulan encolerizarse en extremo; y lo que es más importante, al hacer todo esto ambos disfrutan intensamente y se divierten".

Deduzcamos una lección: sabe jugar quien sabe hacerlo deportivamente. No se sabe jugar, quien no sabe perder. En fútbol, los puñetazos al árbitro o al jugador contrario, revelan que no se jugaba; que se había tomado todo demasiado en serio.

Patterson, el campeón mundial de boxeo, fue preguntado qué sentía él hacia su contrincante el sueco Johanson porque éste había declarado odiar a Patterson:

"Quiero ganarle la pelea —respondió el norteamericano —pero no veo ninguna razón para odiarlo".

Juego es juego.

Y la cultura se ha vestido y maquillado de actividades en las que se repite el sabor a juego.

Es el estadio y la cancha de tenis, la verde mesa de las barajas, el tablado escénico, los desfiles de marcha militar, la nomenclatura de calles y parques, los protocolos diplomáticos, la música y la danza, los concursos de mil géneros, el despliegue abanicado de los colores, la decoración profusa de los templos religiosos y hasta su ceremonial de ritos, son todos legítima utilización del elemento juego en la vida social.

¡Qué insípidos resultarían cumpleaños sin rosas, asociaciones sin sus uniformes, elegancia femenina sin cambios de moda, chasis y motores sin carrocería, visitas de amigo sin apretón de manos, consultorios sin sala de espera, menús sin adornos culinarios, tradiciones sin folklore, comunicación humana sin la pimienta y sol de los convencionalismos usuales!

El paisaje es el juego de la corteza terrestre. Hasta el vapor de agua atmosférico se hace juguete y juega al arco iris. Dios mismo, Eterno, al encarnarse en un Niño jugó a que le obsequiasen ovejitas, incienso y mirra.

Podrá el disfrute de la vida originarse en zonas más profundas del ser, pero se matiza y colorea por la abundancia —encontrada en cada curva de camino— del elemento juego.

Sonreír es signo de juego.

Por eso el hombre que no sabe sonreír, no sabe jugar. Por lo general la explicación es que nunca aprendió a jugar; cuando pequeño no tuvo el chance o no se lo enseñaron.

Niño que no juega no aprende a vivir.

Desadaptado social, tomará demasiado en serio lo

que no es más que juego, y tomará demasiado a juego lo que sí es serio.

Contestará bromas con puñaladas, y matar le resultará un pasatiempo. Desconocerá el civismo en política, y perderá irresponsablemente su tiempo al frente de un cargo público; le faltará cortesía y le sobrará brusquedad.

Y lo que es peor: no solo lo encontraremos en los retenes policiales, sino a todos los niveles del escalafón profesional.

¡Dios nos libre del niño grande que no aprendió jugando el juego de la vida!

Ignora que el juego, por definición algo que se organiza, siempre tiene su minuto final y se acaba. Después hay que volver a lo serio, pero sin reivindicar a lo serio lo que pasó jugando.

Porque nuestros niños no juegan está Venezuela como está.

Regalar juguetes, lo que en la Navidad se recomienda —bien se haga personificando a un supuesto San Nicolás, Niño Jesús, o Santos Reyes, o se haga colaborando en maratones de alegre recolección— es siempre muy aconsejable.

Pero no basta.

Al niño hay que enseñarle a jugar. A saber jugar bien de acuerdo a las reglas de todo juego, y a las reglas concretas del juego que en cada caso se esté practicando.

Entrenadores de oficio se necesitan, pero no solamente para los juegos deportivos: también entrenadores de juegos de jardín y de salón, organizadores y asesores para el "playground" público, para el semipúblico de la fiesta infantil, y el privado de los entretenimientos hogareños.

La publicación y profusa distribución de manuales de juegos, folletos ilustrados de cómo organizarlos, enciclopedias de bolsillo al estilo boy-scout, serían mejor contribución del Consejo Venezolano del Niño, de la Organización de Protección al Niño, de la YMCA, de Fe y Alegría, de los comités de defensa de la familia y de las asociaciones de padres y representantes, que mucho dinero gastado menos eficazmente.

Esta campaña en ámbito nacional debería encender un movimiento de realizaciones y mutua ayuda internacional, puesto que el problema venezolano es un mal de la hora que no sólo padecemos aquí.

La UNESCO, los organismos de representación mundial, los cuerpos de paz oficiales y privados, le deben al niño —exactamente a la mitad de la población del globo menor de quince años— ese complemento de su educación psicológica y social que es el juego.

Huizinga, el ya citado historiador de la cultura, afirma en su obra genial "Homo Ludens":

"No puede existir verdadera civilización en ausencia de un cierto elemento de juego; porque la civilización presupone el debido límite y control del propio yo, la habilidad de no confundir las tendencias de uno con la meta más alta y final sino de aceptarla como enmarcada dentro de un campo libremente también aceptado. La civilización deberá siempre jugarse de acuerdo a ciertas reglas, y la verdadera civilización exigirá juego limpio: las trampas la pondrán siempre en peligro. Para ser creadora la cultura, deberá mantenerse puro su talento de juego". (2).

(1) Huizinga, Johan, *Homo Ludens*, cap. 1.

(2) *Idem*, op. cit., cap. 12.